

LA DISUASIÓN NUCLEAR Y UCRANIA

Eduardo Zamarripa Martínez

*General del Ejército del Aire
y del Espacio (retiro)*

El objetivo principal de estas líneas es ofrecer unos elementos de reflexión para que cada uno de nosotros, podamos considerar individualmente si las armas nucleares han servido o no para

mantener la paz. Una paz inestable, lastrada en las siete últimas décadas por el riesgo permanente de la utilización de este tipo de armas, pero paz al fin y al cabo. Una paz que ahora se ve particularmente



fracturada por la guerra provocada por la invasión rusa de Ucrania, y en la que Vladimir Putin y sus más cercanos colaboradores vienen amenazando más o menos veladamente con el empleo del arma nuclear.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el arma nuclear, en aquellos momentos únicamente la del tipo de fisión (la bomba atómica), se consideró como un recurso más para ganar la guerra; un recurso terrible que se utilizó. Al finalizar la contienda solamente la poseía Estados Unidos, que la empleó como instrumento de contención ante la expansión soviética en Europa. Aquí empezó el uso de la capacidad nuclear como factor de disuasión. Esta situación llevó a la Unión Soviética

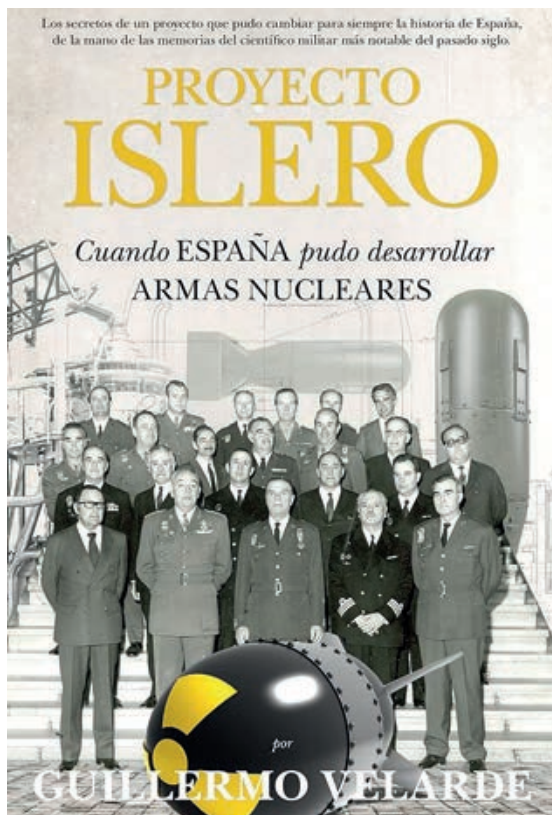
a concentrar todos sus esfuerzos en poseer una capacidad nuclear similar a la norteamericana y la consiguió. Desde entonces y durante décadas, se libró entre ambas superpotencias una carrera de armamentos nucleares que pasó por la obtención de la bomba de fusión nuclear (la bomba de hidrógeno) de una potencia mucho mayor. Una carrera a la que, dentro de sus más limitadas capacidades, se fueron sumando el Reino Unido, Francia y la República Popular de China. En 1968 se firmó en el marco de Naciones Unidas el Tratado de No Proliferación, que entró en vigor en 1970, y, contraviniéndolo, también lograron poseer el arma atómica India, Pakistán, Israel y, más recientemente, Corea del Norte.

La Federación de Científicos Americanos, organismo de prestigio internacional en cuestiones nucleares, estima que en el año 1986 existían en los arsenales de las principales potencias del mundo ¡más de 70 000 cabezas nucleares!, que en caso de utilizarlas hubieran podido causar la destrucción de la civilización e incluso quizás de la vida en el planeta. Esta posibilidad dio lugar a un rechazo masivo de la sociedad occidental a este tipo de armas y a que tomara cuerpo la estrategia conocida como «destrucción mutua asegurada» entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que quizás ha servido para mantener esa relativa e inestable paz que caracterizó a la Guerra Fría. Desde los años ochenta, y gracias a los tratados acordados entre las dos superpotencias, el número de cabezas nucleares declaradas se ha venido reduciendo hasta alrededor de 12 500, pero esta cantidad sigue siendo enorme y constituye un riesgo potencial de una magnitud difícil de imaginar.

En cualquier caso, la magnitud de este riesgo refuerza el papel de las armas nucleares como elemento de disuasión, en particular entre el mundo occidental, liderado por Estados Unidos, y el expansionismo actual de la Rusia de Vladimir Putin. Un sabio español, el general del Ejército del Aire y del Espacio, Guillermo Velarde, que dirigió en los años setenta un programa que hubiera dado a nuestro país una capacidad nuclear similar a la que entonces poseía Francia y que fue suspendido por Franco, realizó un estudio sobre la posibilidad de un conflicto nuclear generalizado entre la URSS y Estados Unidos. El estudio concluía que ambos se destruirían y, además, que el país que iniciara el ataque sería el más perjudicado. El profesor Velarde estimó por ello que esta confrontación previsiblemente no se daría jamás.



Santiago A. Ibarreta



No obstante, este razonamiento tiene una posible fisura realmente inquietante a día de hoy: un ataque puntual y limitado soviético (actualmente ruso) con un arma nuclear táctica sobre un país aliado o amigo podría no solo provocar un conflicto nuclear generalizado entre Rusia y Estados Unidos, pues ambos tendrían muy en cuenta no solo esa destrucción mutua asegurada, concepto todavía vigente, sino también el hecho de que posiblemente sufriría más daños el país que tomara la iniciativa de lanzar un ataque de este tipo. A mi juicio se produciría, eso sí, una crisis a nivel mundial; una enorme crisis política más que económica y social, aunque de todo habría, pero que posiblemente daría tiempo para reconducir la situación a nivel internacional antes de llegar a un holocausto planetario.

Una situación como la que acabamos de considerar, el ataque nuclear limitado sobre un país amigo, aunque ni se ha producido ni probablemente se produzca, sí es sin embargo posible. Sobre este asunto me parece de enorme interés un artículo que publicó en el año 1993 un famoso politólogo norteamericano, John Mearsheimer, que nos ofrece una perspectiva sobre el tema nuclear en relación con Ucrania, tema de indudable actualidad.

Todo arrancaba con la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991. En ese momento surgió la cuestión de qué hacer con las decenas de miles de armas nucleares que tenía esparcidas en sus diferentes repúblicas. En Ucrania el número de esas armas nucleares era en aquellos momentos de alrededor de 4000, y en 1993 ya se habían transferido a Rusia todas las de carácter táctico, pero no las estratégicas que, según Mearsheimer, eran 1656.

El politólogo norteamericano vaticinó en su artículo que las relaciones entre Rusia y Ucrania probablemente se deteriorarían en el futuro, y que «las armas nucleares ucranianas serían un elemento disuasorio eficaz contra un ataque ruso convencional o un chantaje nuclear». Por ello pensaba Mearsheimer que no era una decisión acertada el que todo el arsenal soviético desplegado en Ucrania se transfiriera a Rusia, y que las armas de carácter estratégico deberían permanecer en el país.

Si los ucranianos tuvieran la capacidad nuclear que defendía Mearsheimer, los rusos obviamente lo habrían tenido muy en cuenta antes de lanzar la invasión del país. Cierto es que también los rusos habrían podido considerar el lanzamiento de un ataque nuclear preventivo sobre Ucrania para eliminar sus misiles estratégicos, pero no podrían estar seguros de que con los misiles que sobrevivieran al ataque no se produjera una respuesta nuclear que, por pequeña que fuera, podría implicar la desaparición de algunas de las ciudades rusas más importantes.



Es un hecho histórico que Rusia ha dominado Ucrania alrededor de trescientos años, desde el siglo XVII hasta 1917, y que ha intentado aplastar el sentimiento de identidad de su pueblo. En 1922, después de la guerra civil que tuvo lugar tras la revolución bolchevique, se fundó la Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas, con Ucrania incluida entre ellas. En 1954 Jrushchov cedió la península de Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania, más oficialmente que en la práctica. En 1992 desapareció la URSS, Ucrania declaró su independencia y Rusia anuló el decreto de 1954 reclamando la devolución de Crimea. En 2014 tuvo lugar allí un referéndum ilegal y el 98% de los votos se declaró a favor de su unión con Rusia. Ese mismo año Rusia ocupó Crimea y lo sigue haciendo en la actualidad. Para Mearsheimer, que estimaba en 1993 que aproximadamente 11'5 millones de rusos vivían en aquel momento en Ucrania (el 23% de la población en aquellos años) y que aproximadamente 4,5 millones de ucranianos vivían en Rusia, el abuso de la población minoritaria por la mayoría local podría ser el detonante de una crisis, suficiente quizás para provocar una guerra.

Sobre esta guerra que preveía el profesor norteamericano en su artículo, afirmaba que «el previsible resultado de la misma -la reconquista de Ucrania por Rusia- dañaría completamente las

perspectivas de paz en Europa, incrementaría el peligro de una colisión germano-rusa, e intensificaría bruscamente la rivalidad por la seguridad a través del continente». También dio por hecho que «una guerra convencional entre Rusia y Ucrania conllevaría una enorme cantidad de bajas militares y el posible asesinato de miles de civiles». Obviamente tenía razón.

Estas líneas no se pronuncian ni juzgan las ideas que expone Mearsheimer en su artículo, aunque si expresan admiración por el acierto con que predijo el analista norteamericano la situación actual con treinta años de anticipación. En cualquier caso, quedan en pie algunas preguntas: ¿han contribuido indirectamente las armas nucleares a lo largo de su historia al mantenimiento de la paz internacional aún con el riesgo permanente de una confrontación nuclear de incalculables consecuencias?, ¿es mejor o peor la alternativa de más paz con inseguridad nuclear que la de un mayor riesgo de guerra convencional, que también puede llegar a causar multitud de víctimas? (50 millones en la Segunda Guerra Mundial), y, de innegable actualidad, ¿se habría producido la invasión rusa de Ucrania si este país hubiera contado con una capacidad de disuasión nuclear? Las respuestas quedan a la consideración del lector. ■



Desfile militar en Rusia. Los desfiles de este tipo son una muestra del músculo armamentístico del país, una herramienta de disuasión más.